



A. J. H. Rosny.

VII

LA HUMANA TRAGEDIA

Πᾶς δ' ὄδυμὸς εἶος ἀνθρώπων,
καὶκ' ἔστι πόνων ἀναπνοή.
ἄλλο τι τοῦ ζῆν φιλτερον, ἀλλ' ὅ
σκότος ἀμύστων κρύπτει νεφέλαις.
(Eurip. Hipp. v. 190 et seq.)

I

FRA GIOVANNI

En aquel tiempo, el que nacido de un hombre era verdadero hijo de Dios, y había adoptado por dama á la que menos aún que á la Muerte se le abre la puerta sonriendo, el pobre de Nuestro Señor Jesucristo, San Francisco, había subido al cielo. La tierra, que había perfumado con sus virtudes, guardaba su cuerpo desnudo y el germen de sus palabras. Sus hijos espirituales se multiplicaban por todos los pueblos, pues la bendición de Abraham era con ellos.

Reyes y reinas ceñían el cordón del pobre de Jesucristo. Los hombres buscaban en el olvido de sí mismos y del mundo el verdadero contento. Y, huyendo de la alegría, la encontraban.

La Orden de San Francisco se dilataba por toda la cristiandad; las casas de los pobres del Señor poblaban á Italia, á España, á las Galias y á las Alemanias. Una santísima casa se erigía en la ciudad de Viterbo. Fra Giovanni profesaba en ella la pobreza. Vivía humilde y desdeñado, y su alma era un jardín cerrado.

Por medio de la revelación adquirió el conocimiento que escapa á los hombres sabios y prudentes. Y, aunque fuera ignorante y sencillo, sabía lo que no saben los doctores del siglo.

Sabía que la preocupación de las riquezas hace á los hombres malos y miserables, y que, naciendo pobres y desnudos, serían felices si vivieran tales como nacieron.

Era pobre con alegría. Complaciase en la obediencia. Y renunciando á concebir proyectos, gustaba el pan del corazón. Pues la pesadumbre de las acciones humanas es inicua, y nosotros somos árboles que producen frutos emponzoñados. Temía el obrar, porque el esfuerzo es doloroso y vano. Temía el pensar, pues el pensamiento es malo.

Era humilde, sabiendo que el hombre no posee nada propio de que pueda gloriarse, y que la

soberbia endurece las almas. También sabía que los que sólo tienen por único bien las riquezas del espíritu, si de ellas se ufanan, bajan por esta pendiente hasta las potencias del mundo.

Y fra Giovanni superaba en humildad á todos los frailes de la casa de Viterbo. El guardián del convento, el santo hermano Silvestre, era menos bueno que él, porque el superior es menos bueno que el servidor, la madre menos inocente que el niño.

Viendo que fra Giovanni tenía costumbre de despojarse de sus hábitos para vestir con ellos á los individuos sufrientes de Jesucristo, el guardián le prohibió, en nombre de la obediencia, que diese sus ropas á los pobres. Pues bien; el día que le comunicaron esta prohibición, Giovanni fué, según costumbre, á rogar en el bosque que cubre las laderas del Cunino. Era invierno. La nieve descendía y los lobos bajaban á las aldeas.

Arrodillado al pie de una encina, fra Giovanni hablaba á Dios como un amigo á su amigo, y le suplicaba que tuviese piedad de los huérfanos, de las viudas y de los presos; piedad del dueño de la tierra, rudamente acosado por los usureros lombardos; piedad de los gamos y de las corzas de la selva, perseguidos por los cazadores; de las liebres y de los pájaros, cogidos en trampas. Y quedó sumido en éxtasis, y vió una mano en el cielo.

Cuando el sol se puso tras la montaña, se levantó el hombre de Dios y se dirigió al convento. En el camino blanco y mudo encontró á un pobre que le imploró limosna en nombre de Dios.

—¡Ay!—repuso—. Sólo llevo mi hábito, y el guardián me ha prohibido cortarlo para dar la mitad. Me es imposible compartirlo. Pero si me amáis, hijo mío, debéis robármelo entero.

Apenas dijo estas palabras, el pobre despojó al fraile de su hábito.

Y fra Giovanni se fué desnudo, bajo la nieve que caía, y entró en la ciudad. Al cruzar por la plaza, como sólo llevaba un trapo ceñido á los riñones, se le burlaron los chiquillos que jugaban y corrían. Para mortificarlo mostrábanle el puño, pasando el pulgar entre el índice y el dedo del corazón, y le arrojaban nieve mezclada con barro y piedras.

En la plaza pública había algunos leños destinados á la armazón de una casa. Entre ellos había uno atravesado sobre los otros. Dos muchachos subieron á sus extremos y empezaron á balancearse. Ambos chiquillos se habían burlado del santo y arrojádole piedras.

Fra Giovanni se les acercó y sonriendo, les dijo: —Queridos pequeñuelos, ¿me permitís que compartá vuestro juego?

Y sentándose en un extremo del leño se balanceó con los chiquillos.

Y los ciudadanos que pasaban, decían:

—En verdad, ese hombre está loco.

Cuando las campanas tocaron el *Ave María*, aún seguía meciéndose. Y ocurrió que algunos sacerdotes de Roma venidos á Viterbo para visitar á los hermanos mendicantes, que gozaban de gran renombre en el mundo, pasaron por la plaza pública. Y habiendo oído gritar á los niños: «Aquí está el hermanito Giovanni», los sacerdotes se aproximaron al fraile y le saludaron muy respetuosamente. Pero el santo hombre no les devolvió el saludo, y simulando que no los veía, prosiguió balanceándose en el móvil tronco. Y los sacerdotes se dijeron:

—Dejemos á este hombre. Ya se ve que es un estúpido.

Fra Giovanni se regocijó entonces, y su corazón se inundó de inefables delicias. Pues estas cosas las hacía por humildad y por amor de Dios. Y toda su gloria la cifraba en el oprobio, como un avaro encierra su oro en un cofre de cedro guarnecido de triple cerradura.

Por la noche llamó á la puerta del convento. Y habiéndole recibido, se mostró desnudo, ensangrentado y sucio de fango. Sonrió, y dijo:

—Un ladrón bienhechor me ha quitado el hábito y los niños me han creído digno de jugar con ellos.

Pero los hermanos se indignaron de que se hu-

biese atrevido á recorrer la ciudad en un estado tan poco decente.

—No tiene miedo—decían—de exponer á las burlas y á la vergüenza la santa Orden de San Francisco. Merece un severo castigo.

Advertido el general de que un gran escándalo desolaba á la santa Orden, reunió en capítulo á todos los hermanos y en el centro puso de rodillas á fra Giovanni. Inflamado de cólera el rostro, le reprendió con fuerte voz. Luego consultó á la asamblea sobre el castigo que convenía infligir al culpable.

Unos deseaban que se le pusiese en prisión ó que metiéndole en una caja se le colgase de la torre. Otros opinaban que debía de atársele como á un loco.

Y fra Giovanni les decía muy alegre:

—Tenéis razón, hermanos míos; merezco esos castigos y otros aún mayores. Sólo sirvo para perder vanamente todos los bienes de Dios y de mi Orden.

Y el hermano Marciano, que poseía gran severidad en sus costumbres y en sus máximas, exclamó:

—¿No comprendéis que habla como un hipócrita y que esa voz bondadosa surge de un sepulcro blanqueado?

Y fra Giovanni continuaba:

—Hermano Marciano, yo soy capaz de to-

das las infamias si Dios no viene en mi ayuda.

Entre tanto, el general meditaba sobre la singular conducta de fra Giovanni y suplicaba al Espíritu Santo para que le inspirase la sentencia que había de dictar. Y, á medida que oraba, su cólera se transformaba en admiración. Había conocido á San Francisco durante el tiempo en que este ángel, nacido de mujer, estaba de tránsito en la tierra, y el ejemplo del preferido de Jesús le había instruído en la belleza espiritual.

Por esta razón la luz se hizo en su alma y discernió en las obras de fra Giovanni una celeste insipiencia.

—Hermanos míos—dijo—; lejos de censurar á nuestro hermano, admiremos la gracia que abundantemente recibe. Lo que ha hecho, lo ha hecho á imitación de Jesucristo, que dejaba allegársele los pequeñuelos y sufría que los verdugos le despojasen de sus ropas.

Y habló del siguiente tenor al hermano arrodillado:

—Hermano mío; esta es la penitencia que os impongo. En nombre de la santa obediencia os ordeno que vayáis al campo, y cuando encontréis á un pobre le imploréis que os despoje del hábito. Y cuando os haya dejado desnudo, retornaréis á la ciudad para jugar con los niños en la plaza pública.

Así habló el general, y descendiendo de su

alto asiento y levantando á fra Giovanni, se arrojó ante él y le besó los pies.

Luego, volviéndose hacia los frailes congregados, les dijo:

—En verdad, hermanos míos, este hombre es el juguete de Dios.

II

LA LÁMPARA

Por aquella época fra Giovanni conoció que los bienes de este mundo procedían de Dios y que de ellos deben participar los pobres, preferidos de Jesucristo.

Los cristianos celebraban el nacimiento del Salvador, y fra Giovanni había ido á la ciudad de Asís. Esta ciudad se encuentra sobre una montaña. Y de esta montaña ha surgido el sol de la caridad.

Pues bien; la antevíspera de Navidad, fra Giovanni imploró de hinojos ante el altar donde reposa San Francisco, bajo un pilón de piedra. Y meditaba, soñando que San Francisco había nacido en un establo, como Jesús. Y, en tanto que meditaba, el sacristán vino á rogarle que vigilara la iglesia mientras él comía. Iglesia y altar estaban cargados de ornamentos preciosos. El oro y la plata superabundaban; porque los hijos de

San Francisco habían descuidado su prístina pobreza y recibían los presentes de las reinas.

Fra Giovanni respondió al sacristán:

—Hermano mío; id á comer. Yo guardaré la iglesia por el amor de Nuestro Señor.

Habló así y reanudó su meditación. Y mientras quedaba solo, sumido en el rezo, una pobre mujer entró en la iglesia pidiéndole una limosna por Dios.

—No tengo nada—respondió el santo hombre—; pero el altar está cargado de ornamentos, y voy á ver si me es posible daros alguna cosa.

Una lámpara de oro pendía sobre el altar, guarnecida de argénteas campanillas. Y considerando esta lámpara se dijo á sí mismo:

—He aquí unas campanillas que sólo sirven de vano adorno. La verdadera gala de este altar es el cuerpo de San Francisco que reposa desnudo bajo el pavimento con una piedra por bezal.

Y sacando un cuchillo de la faltriquera, cortó las campanillas una tras otra y las entregó á la mendiga.

Cuando el sacristán hubo comido y vuelto á la iglesia, fra Giovanni, el santo de Dios, le dijo:

—Hermano mío, no os preocupéis de las campanillas que había en la lámpara. Las he dado á una pobrecita que las necesitaba.

Y fra Giovanni obró así, pues sabía por revelación que todas las cosas de este mundo, perteneciendo á Dios, pertenecen á los pobres.

Y fué censurado en la tierra por los hombres afectos á las riquezas. Pero fué grato á las miradas de la bondad divina.

III

EL DOCTOR SERÁFICO

Fra Giovanni no era muy docto en el conocimiento de las letras, y se alegraba de su ignorancia como de una fuente inextinguible de humillaciones.

Pero habiendo visto en el convento de Santa María de los Angeles que varios doctores en Teología meditaban sobre las perfecciones de la Santísima Trinidad y sobre los misterios de la Pasión, dudó si no le superarían en el amor de Dios, por efecto de su más elevado conocimiento.

Su alma se contristó y, por primera vez, cayó en la tristeza. Y este sentimiento era contrario á su estado. Pues la alegría es el don de los pobres.

Decidió comunicar sus inquietudes al general de la Orden para librarse de ellas como de un peso inicuo. Por entonces era Giovanni di Fidanza general de la Orden.

Había recibido de San Francisco el nombre de

Buenaventura. Había estudiado Teología en la Universidad de París. Y sobresalía en la ciencia del amor, que es la ciencia de Dios. Conocía los cuatro grados por que la criatura se eleva al Creador, y meditaba sobre el misterio de las seis alas que ostentan los querubines. Por esto se le llamaba el doctor Seráfico.

Y sabía que la ciencia es vana sin el amor. Fra Giovanni fué en su busca mientras paseaba por el jardín, sobre la terraza que domina á la ciudad.

Era domingo. Y los artesanos de la ciudad y los campesinos que trabajan en las viñas, ascendían, al pie de la terraza, por la calle montuosa que conduce á la iglesia.

Y fra Giovanni, viendo al hermano Buenaventura en el jardín, rodeado de lirios, se acercó y le dijo:

—Hermano Buenaventura, borrad de mi espíritu la duda que me atormenta, y respondedme. ¿Un ignorante puede amar á Dios con tanto amor como un sabio?

Y el hermano Buenaventura respondió:

—En verdad os lo digo, fra Giovanni; una pobre anciana puede igualar y superar en amor de Dios á todos los doctores en Teología. Y como la única excelencia del hombre radica en el amor, quiero repetiroslo, hermano: una mujer muy ignorante será colocada en el cielo á la diestra de los doctores.

Oyendo estas palabras, fra Giovanni rebotó de alegría. E inclinándose por el muro bajo del jardín, miró con amor á los viandantes. Y gritó con toda su voz:

—Mujeres pobres, sencillas é ignorantés, vosotras estaréis en el cielo muy por encima del hermano Buenaventura.

Y al oír la exclamación del buen hermano, el doctor Seráfico sonrió entre los lirios del jardín.

IV

EL PAN EN LA PIEDRA

Porque el buen San Francisco había dicho á sus hijos: «Id y mendigad vuestro pan de puerta en puerta», fra Giovanni fué enviado un día á cierta ciudad. Habiendo rebasado el castillejo, recorría las calles mendigando su pan de puerta en puerta, según la regla, por el amor de Dios.

Pero la gente de esta ciudad era más avara que los luqueses y más dura que los perusinos. Los panaderos y los curtidores que jugaban á los dados ante sus tienda rechazaron con duras palabras al pobre de Jesucristo. Y las mujeres jóvenes, que llevaban á sus pequeñuelos en brazos, le volvían la cabeza. Y como el buen hermano, que se regocijaba con el oprobio, sonriese á los desvíos y á las injurias:

—Se nos burla—decían los moradores de la ciudad—. Es un insensato, ó mejor, un haragán y un borracho. Ha bebido mucho vino. Sería pecado darle una sola miga de pan...

Y el buen hermano les respondía:

—Tenéis razón, amigos míos; no soy digno de inspiraros piedad, ni de compartir el sustento de vuestros perros y cerdos.

Los niños, que en este momento salían de la escuela, oyeron sus palabras, y persiguiendo al santo hombre, gritaban:

—¡Al loco! ¡Al loco!

Y le arrojaban lodo y piedras.

Y fra Giovanni salió al campo. La ciudad estaba erigida en la vertiente de una colina y la rodeaban viñas y olivos.

Descendió por un camino pedregoso y viendo á uno y otro lado los racimos maduros de las parras que colgaban de las ramas de los olmos, extendió la mano y bendijo las uvas. También bendijo á los olivos y á las zarzamoras y á todo el trigo que cubría la llanura. Entretanto, sentía hambre y sed; pero se complacía en su sed y en su hambre.

En el confín de un camino, vió un bosque de laureles. Era costumbre de los hermanos mendicantes el rogar en los bosques, entre los pobrecitos animales que cazan los hombres crueles. Por esta razón fra Giovanni entró en el bosque y marchó por la orilla de un riachuelo claro y cantante. Al lado del riachuelo vió una piedra llana.

Un joven de maravillosa hermosura, vestido

de blanca túnica, puso en este momento un pan en la piedra, y se alejó.

Y fra Giovanni, postrándose de hinojos, oró y dijo:

—¡Qué buenos sois, Dios mío, haciendo servir á este pobre por la mano de uno de vuestros ángeles! ¡Oh, pobreza bendita! ¡Oh, muy magnífica y rica pobreza!

Y comió el pan del ángel, y bebió el agua de la fuente. Y fué fortificado en su cuerpo y en su alma. Y una mano invisible escribió en los muros de la ciudad: «¡Desgraciados de los ricos!»
